

XIII CERTAMEN LITERARIO

mujer
y Literatura

Modalidades
Relato Corto y Poesía

Sueños de Mujer

*Relato Corto
Primer Premio*

Añorando “Nunca Jamás”

(Modalidad relato corto)

Seudónimo: Peter Pan

Hoy Antonella no ha ido al colegio y probablemente no vuelva a pisarlo, superado el borroso umbral en que la vida topa con un temido punto de inflexión. Intenta aferrarse, mientras camina en silencio junto a su madre, a la reminiscencia nítida del lugar que se ha convertido en su particular “País de Nunca Jamás”, el aula donde los anaqueles repletos de libros forman olas sobre las paredes, donde huele a papel y a lápiz afilado, donde su maestra de rostro dulce le ha enseñado la magia de las palabras y malabarismos con los números, donde interpretó junto a sus compañeros aquella pequeña obra de teatro en la que ella encarnaba a Peter Pan. Teme que el paso de los días le vaya desdibujando los entrañables recuerdos transformándolos en borrones de tinta sobre su memoria.

El frío la obliga a encorvarse, a buscar el calor reconfortante del regazo materno; la noche plomiza se resiste a levantar el vuelo de las calles de Nueva York. Allí se encuentra, plantado al otro extremo del parque Washington Square, el edificio Ash que acoge a la fábrica Triangle Shirtwaist, una mole intimidatoria de ladrillos cenicientos, un monstruo que parece devorar por su puertas a cientos de costureras que se aprestan a iniciar una jornada laboral agotadora. No hay sonrisas, sólo el semblante endurecido de quien está acostumbrado a la resignación y al sufrimiento. Entre la turbamulta que se adentra en la fábrica textil se intercalan los ojos desesperanzados de numerosas niñas, rígidas y disciplinadas, desterradas prematuramente de la infancia que les corresponde por naturaleza. Antonella se estremece al pensar que quizá pronto sus ojos se pinten del mismo color tenebroso, que remita el brillo que los acompañaba cuando cada mañana se dirigía a la escuela, a su particular mundo de “Nunca Jamás” donde la imaginación

volaba, como Peter Pan. Mantiene impreso en el recuerdo el gesto preocupado de su madre cuando se le acercó el fin de semana, esa mirada apesadumbrada que no la ha abandonado desde que su padre murió, que se acentuó tras la huelga promovida dos años atrás por el “Levantamiento de las veinte mil”, mujeres valientes y hastiadas de unas condiciones laborales y unos sueldos obscenos que gritaron “¡basta!” al unísono. El fracaso de la intentona en la Triangle Shirtwaist le trizó los sueños como un papel rasgado, la hundió en un barro de desencanto del que parece imposible escapar. “Tendrás que dejar la escuela”, le dijo la noche del sábado, “necesitamos más dinero para poder pagar el alquiler y la comida”, y ella sintió que un hacha quebraba consecutivamente cada uno de sus nueve años.

Dos galerones donde trabajan las costureras ocupan al completo las plantas octava y novena del edificio Ash. El ambiente es sombrío, inundado de penumbra apenas disipada por perimetrales y lejanas ventanas y las lámparas de gas. Flotan en el aire multitud de fibras de algodón semejando las cenizas esparcidas por un volcán. Antonella observa a su madre, al resto de costureras acopladas como autómatas sobre las máquinas de coser sin atreverse apenas a levantar la cabeza, alineadas en filas de exactitud rectilínea. Una blusa, otra, una producción ininterrumpida que les permitirá, en el mejor de los casos, un sueldo miserable de cuatro dólares semanales, apenas lo suficiente para malvivir de alquiler en un cuartucho destartado. Da igual que mire a una o a otra trabajadora, todas son clones, máquinas engrasadas de funcionamiento continuo y preciso, pero lo que más le llama la atención es la evasiva expresión de sus ojos desenfocados; no parecen mirar la aguja, el hilo o la tela, sino que traspasan la realidad circundante buscando un consuelo huidizo. A pesar de su corta edad, Antonella percibe una similitud consigo misma, se percata de que esas mujeres son soñadoras como ella y que sus mentes deben de deambular por el mundo onírico de una vida

digna, la única manera de no precipitarse en el poso de tristeza que sedimenta sus días. ¿Y su madre? ¿Cuál será su sueño? ¿Quizá no acudir a la fábrica los domingos?, ¿aliviar el mortificante dolor de espalda que le causan las horas muertas sobre la máquina de pedal y el camastro vil donde sufre la noche?, ¿recibir una paga acorde con su descomunal esfuerzo? Sí, probablemente esos sean sus anhelos, pero tiene la impresión de que a veces se conformaría con recuperar la sonrisa enterrada o con recibir la caricia suave del viento en una pradera cuajada de flores. Lo que desconoce Antonella es que si su madre tuviera opción, su mayor deseo sería devolverla al “País de Nunca Jamás” para que volviera a danzar con las palabras y los números, para que continuara su formación y no convertirse, como ella, en una esclava que cumple condena en la cárcel Ash. La semana pasada el casero la amenazó con desahuciarla; ya tres meses sin pagar el alquiler...

Una voz áspera rompe el ensimismamiento de Antonella. Un hombre, alto y enjuto, parece masticar las palabras mientras de sus labios cuelga un cigarrillo en equilibrio inverosímil. Le indica a ella y a otras niñas que se dirijan al rincón donde otras ya se afanan en cortar los hilos sobrantes de las blusas, convertidas en sastrecillos que bucean por un mar de telas amontonadas. No le gusta ese tipo, no tiene claro por qué, tal vez por su cara de limón enmohecido, o puede ser por su voz que lija los tímpanos, pero luego repara en su bigote negro y engominado y cae en la cuenta: es como el que tiene el rufián del capitán Garfio, el que aparecía en las ilustraciones del libro de su maestra.

* * *

Los días se suceden con una cadencia viscosa en el interior del edificio Ash. Antonella nunca imaginó un lugar tan deprimente, donde la tristeza parece embadurnar las paredes y a sus moradores. Es un mundo grisáceo donde el único sonido permitido

es el ronroneo incesante de las máquinas de coser, tan repetitivo que tiene la impresión de que las agujas están entretejiendo el interior de su cerebro. Ya se encarga Garfio de que las costureras no retrasen un segundo la maquinaria productiva de la Triangle Shirtwaist, que no se distraigan charlando en cualquiera de los variopintos idiomas en que ellas se comunican; la puerta que da a las escaleras está cerrada con candado para que ninguna aproveche un descuido y se acoja a unos minutos de descanso a escondidas. A veces Garfio se acerca tras ellas con sigilo felino, amortiguando las pisadas con sus zapatos de suela de hule, y las reprende con voz afilada esgrimiendo la palabra “despido” entre bocanadas de humo de su perpetuo cigarrillo. Eso es lo último que querría su madre, que la despidieran, porque la esclavitud enmascarada que sufre al menos les permite a ambas un techo bajo el que dormir y la fortuna de llevarse algo a la boca, poco más, así que ella no levanta la cabeza de su máquina de coser, se aplica en fabricar el mayor número de blusas, a tanto la pieza, tan rutinario el trabajo como el propio respirar. Antonella sabe que incluso evita en la medida de lo posible acudir al baño salvo que la vejiga le vaya a reventar, no sea que Garfio le dedique una de esas miradas que son como tajos de espada y, reloj en mano, le informe de que ha sobrepasado el tiempo permitido. Antonella ahora comprende el gesto mustio de su madre, el de todas las costureras: es el que la fatiga y la desilusión esculpen en la cara. Comprende también lo que no fue capaz hace un par de años, aquellos días tensos en que su madre y otras miles de mujeres no acudieron al trabajo para reclamar un trato justo y humano. De poco sirvió.

En un rincón, sobre las montañas de prendas ya confeccionadas, las niñas se desenvuelven con soltura tijeras en ristre. Son como ratoncillos sumisos que roen sin cesar los hilos sobrantes, un trabajo necesario que les pagan a un precio impúdico, pero que se ha convertido en el complemento imprescindible para que madre e hija sigan

manteniendo su escuálido hogar. Antonella sin embargo no se resigna a contagiarse del ambiente opaco que allí reina y, mientras trabaja mecánicamente, su imaginación la envuelve en una burbuja aislante que la traslada a su añorado “Nunca Jamás”, a los cuentos que leía en voz alta en la escuela, al hechizo de las frases bonitas que escribía con pulcritud en su cuaderno, a su papel protagonista de Peter Pan que deslumbró a su maestra. Ahora vuelve a ser Peter Pan, las tijeras se han convertido en espada, y no teme en absoluto los retos del bravucón de Garfio, ¡ven aquí, pirata de pacotilla!, ¡te voy a rebanar tu ridículo bigote! Unas risas la devuelven a la realidad, la de las niñas que la rodean contemplando divertidas cómo rasga el aire con las tijeras, tal que fuera un esgrimista ante un imaginario enemigo. Pronto se desvanece la alegría infantil, una sombra amenazante se cierne sobre ellas desdoblándoles la sonrisa en una mueca asustada: Garfio ha pasado a la acción. Sin previo aviso escupe el cigarrillo, toma a Antonella de una oreja y la separa de la montaña de tela. “Aquí no queremos gente vaga”, le dice, “vete y no vuelvas”. Su madre se permite un acto de indisciplina, se levanta con el corazón en vilo para suplicarle al vigilante, “por favor, déjela continuar, no volverá a ocurrir”, pero Garfio la ignora, allí es el dios reinante y dispone a su antojo. La madre le persigue, ahora sus súplicas son un llanto lastimero que vuelve a ser desoído hasta que, hartos, se revuelven y la amenaza: “¿Acaso quieres que te despida a ti también?”

Por un momento el tiempo echa el freno: Garfio aún no ha soltado la oreja de Peter Pan, la madre es la angustia petrificada, las costureras han levantado la cabeza, el silencio se hace espeso en el galerón. La escena es como de hielo, congelada, hasta que un grito agudo la golpea haciéndola añicos: ¡Fuego! Parece una orden, un pistoletazo de salida, y las costureras se levantan asustadas desviando sus cabezas como brújulas desorientadas en busca de las llamas. Es en el rincón donde trabajan las niñas, allí se

contempla la danza inicial de unas llamas que se multiplican con velocidad atroz, la tela alimentando su hambre, y al cabo de un suspiro el rincón es un horno imposible de sofocar. Antonella recuerda a cámara lenta el cigarrillo que Garfio lanzó al suelo, el capitán cobarde que ya la ha soltado y sólo se preocupa de salvar su vida lanzándose hacia unas escaleras de emergencia de la que las costureras ni siquiera tienen noticia, para qué, a quién le preocupa salvar del fuego a unas infelices que rozan la indigencia. Algunas le siguen en tropel aglomerándose sobre la estrecha salida que enseguida queda taponada, desconociendo que, más abajo, falta el último tramo de la escalera metálica que conecta con la calle convirtiéndose lo que era vía de salvación en una trampa sin retorno, sometidas a la presión agobiante de las compañeras que empujan desde arriba: tendrán que saltar desde el segundo piso.

En el galerón, otras han conseguido introducirse en el ascensor, un chirriante cajón saturado de mujeres y niñas despavoridas que es incapaz de funcionar más allá de su primera bajada, fulminado por el sobrepeso. El resto de costureras intenta salir por las puertas habitualmente cerradas. Una es la del candado, y las otras, absurdamente, se abren hacia dentro; la propia masa de mujeres que se atropellan unas a otras imposibilita hacerlo y, mientras, las llamas ya son dueñas del local, se han extendido también a la planta de arriba a través del techo de madera, la humareda es el aliento asfixiante de la muerte obligando a muchas desdichadas a buscar el alivio del oxígeno cuerpo a tierra, bajo las máquinas que se van a convertir en sus ataúdes. Alaridos desgarrados se amalgaman con el crepitar de las llamas, se comienza a percibir el aroma nauseabundo de la carne carbonizada.

Ya sólo quedan las ventanas. Antonella se ve arrastrada por su madre hacia una de ellas. Desde arriba el mundo se contempla a vista de águila, una multitud hormigueante se va congregando en torno al edificio Ash que es un gigante terrorífico

exhalando humo por sus múltiples bocas, con los ojos incendiados de ira; los coches de bomberos ya se distinguen en el otro extremo del parque. Con las piernas blandas y el ánimo encogido, madre e hija dirigen un primer paso temeroso hacia la cornisa que circunda la octava planta y al momento las siguen muchas mujeres a las que no les queda otra opción. Desde la calle, parecen pájaros apostados en las alturas, unos pájaros consumidos por el terror y atosigados por los lamidos abrasadores de las llamas que vomitan las ventanas, por el tacto ardiente de los muros que alcanzan temperaturas estelares. Antonella reza para que los bomberos lleguen a tiempo, no podrán aguantar mucho más. Observa cómo despliegan la escalera extensible desde uno de los camiones, cómo se va dirigiendo hacia ellas como la mano de un amigo salvador. Ya falta poco, muy poco, o eso cree Antonella. La esperanza se les disuelve, a ella, a su madre, a las demás, cuando comprueban que la escalera no llega más allá de la sexta planta.

La última posibilidad es saltar y los bomberos ya sujetan las redes que deben amortiguar la caída. Las llamas alargan sus dedos más allá de las ventanas prendiendo los largos vestidos, no queda alternativa y algunas, compañeras de toda la vida, se lanzan abrazadas en un desastroso y flamígero vuelo de Ícaro que las redes no soportan ante la acumulación de cuerpos. Antonella se agarra a las faldas de su madre, llorando. Un último vistazo a la calle le permite distinguir, entre brumas de humo y lágrimas, al maldito capitán Garfío que ha salido victorioso. Él dirige la vista hacia arriba y le da la impresión de que es a ella a quien mira, que le muestra una sonrisa torcida, la misma que tendría si la estuviera empujando por la plancha del barco para que saltase a las fauces de los tiburones. Entonces Antonella comprime los ojos y piensa con toda la fuerza de su alma que regresa al “País de Nunca Jamás”, que es de nuevo Peter Pan capacitado para surcar el aire adornándolo con cabriolas. Es su deseo final, soñar que se deslizará entre los brazos del viento para darle su merecido al capitán Garfío. Abraza a

su madre con mayor ahínco si cabe, se besan, dan un ligero impulso empujadas por el último lengüetazo del fuego, el vuelo que se inicia...

Nota final:

El 25 de marzo de 1911, 147 costureras murieron abrasadas en el incendio que se produjo en la fábrica textil Triangle Shirtwaist, en las últimas plantas del edificio Ash de Nueva York. Estas mujeres se habían manifestado junto a muchas otras dos años antes, en el llamado “Levantamiento de las veinte mil”, protestando por las condiciones inhumanas de trabajo y unos sueldos ridículos. En algunas fábricas la huelga mejoró levemente sus condiciones; en la Triangle Shirtwaist no supuso cambio alguno, ni siquiera en las mínimas medidas de seguridad que podrían haber evitado la tragedia. Este relato está dedicado a ellas, a esas mujeres sacrificadas que no pudieron ver cumplido su sueño de un trato laboral decente y que encontraron una muerte horrible que aún hoy día perdura en la memoria.

XIII CERTAMEN LITERARIO

mujer
y Literatura

Modalidades
Relato Corto y Poesía

Sueños de Mujer

*Relato Corto
Segundo Premio*

AEROPUERTO

Pseudónimo: Raimundo Cavemario

Supongo que ella sentirá lo mismo. El mismo desierto y la misma piedra. Bueno, seguramente cada uno tendrá su propia piedra y su propio desierto. Pero debe pesar y atormentar igualmente. Además, ella y yo siempre adolecimos de semejantes apatías y fobias. Pero ella es muy buena actriz, al menos cuando yo soy el único espectador. Por otra parte, a veces, esporádicamente, me pide que salga a su encuentro, como si nada hubiera ocurrido, y actúa como si tal cosa. Y no puedo soportarlo. Es por esto que no siempre acudo a su llamada. No es tan fácil y ella lo sabe. Pero le gusta ponerme a prueba. Y siempre llora cuando fallo. Y yo siempre me siento estúpidamente culpable.

Esto era lo que Pedro pensaba mientras se deslizaba por la autovía a bordo del vehículo que tantas veces había sido cohabitado por Sandra, la misma mujer que esta misma mañana había marcado un número de teléfono y, con voz jovial, había dicho estar en la ciudad, ¡después de tanto tiempo!. En realidad, sólo habían pasado tres semanas, y esto era lo que más preocupaba a Pedro. La última visita había finalizado en la cama de un hostel, a pesar del marido de ella y de la novia de él. Esto llegó a convertirse en costumbre durante los meses posteriores a la ruptura, hacía ya casi tres años y medio. Siempre sucedía lo mismo, cada vez que se veían. Fuera el encuentro accidental o fuera concertado. No había color. Eran como imanes que se atraían en la oscuridad de la noche, para repelerse a plena luz del día. Después ella se marchó de la ciudad. Por motivos laborales, dijo. Pero lo cierto es que desde que él conoció a María, su actual novia, ella entró en una espiral de celos absurda y oculta que no le

llevaba a ninguna parte, al menos, a ninguna donde se pudiera vivir en paz. Él, por su parte, se sintió aliviado, porque el sentimiento de culpabilidad después de cada encuentro con Sandra estaba empezando a minar los cimientos de una relación que sinceramente le agradaba. María era muy diferente a Sandra, y esto hacía que Pedro se sintiera realmente bien, como si fuera otra persona, como si una mujer se hubiera llevado una de sus vidas y la que acababa de llegar trajera otra nueva, reluciente y a estrenar. Desde ese momento, cuando comenzaron a habitar ciudades distintas, con cientos de kilómetros de por medio, el número de encuentros cayó en picado. Pero aunque hubiera descendido la frecuencia, la eficiencia se mantuvo fija, al cien por cien. Todos y cada uno de ellos terminaban de igual manera. Los imanes no habían perdido potencia.

Ésta vez será diferente. Se lo he advertido por teléfono. “¡Claro que es buena idea!”. Pero, ¿qué tipo de respuesta es esa? Está demasiado lejos, y no se trata de kilómetros, es que ya soy incapaz, totalmente incapaz de comprender su actitud, y mucho menos su comportamiento. ¿Por qué se casó? ¿De donde saca todo ese buen humor que sólo se rompe cuando falto a sus peticiones? ¿Y de donde sacó a ese tipo con el que se casó? Al principio decía que era guapo y que le hacía reír, que quería algo sencillo, que bastante se había complicado la vida conmigo. Pero después contrajo matrimonio, con la de veces que habíamos prometido no dar ese paso jamás. Y yo sigo consintiendo que entre y salga de mi vida como si fuera la boca del metro. Pero hoy se va a acabar.

Justo en el instante en que el vehículo pasaba junto al indicador de cinco kilómetros hasta el aeropuerto, sonó el teléfono, que comenzó a vibrar y a danzar sobre el asiento del copiloto.

- ¿María?, ..., sí, sí, María, qué sorpresa, ..., pues no sé, no esperaba que me llamaras, a esta hora aun te imaginaba en la oficina, haciendo esas horas extras de las que me hablaste, ..., sí, claro que sé que allí también hay teléfonos, ..., nada, en casa, leyendo un poco, he tenido un día de lo más repugnante, ..., no, claro que no, es la televisión lo que te parece el sonido del tráfico, ..., no, estoy leyendo, ya te lo he dicho, ..., no, claro que no, ¿por qué dices eso?, ..., ¿María?, ¿hay alguien ahí contigo?, creí que hacías horas extras, que estabas sola, ..., ¿María?, ..., ¿María?

Pedro estaba muy enfadado consigo mismo. No le gustaba mentir. Y aun peor, era la primera vez, en casi dos años, que tenía la sensación de que era María la que andaba faltando a la verdad. Y su voz, esa tierna pero firme voz, había sonado tan extrañamente lejana, con un matiz cercano al quebranto que nunca antes había percibido. Él la amaba y ella lo sabía. Ella nunca había sospechado nada, es más, él había llegado a confesar, a medias, es decir, llegó a contarle que mientras su ex novia había estado residiendo en la misma ciudad que ellos, en las primeras semanas de relación, se habían visto y habían tenido algo más que palabras. Esto fue hace tiempo y resultó ser un acicate para consolidar su confianza mutua. Todo había ido mejor desde entonces. Pero ahora faltaban dos kilómetros para llegar al aeropuerto.

En el bar del aeropuerto. Menudo lugar para encontrarse. Siempre he tenido la sensación de que para ella esto no es más que un juego. Suele buscar entornos sospechosos para que nuestros encuentros tornen en episodios de lo más estrambóticos, casi cinematográficos, en el mal sentido de la expresión. Pero hoy se acabará, definitivamente. Además, el aeropuerto siempre me imprime ganas de huir, y ahora no tengo ni motivos, estoy bien, María es una chica encantadora y todo empieza a estabilizarse

del todo, por primera vez en mi vida. Tan sólo tengo que dejar las cosas claras de una vez por todas con esta mujer que se me empieza a antojar profundamente extraña. A pesar de haber compartido tanto con ella, a pesar de que llegáramos a alcanzar ese grado de intimidad que parece un punto de inflexión en el que ya no hay retorno posible. Pero hoy acabaré con esto.

El aeropuerto era un hervidero de personas. Se movían con premura y sin encanto. Como animales enloquecidos, perdidos, en busca de su manada. Pero todos conocían su destino. Todos menos uno, el único que caminaba con las manos en los bolsillos, sin equipaje, con la mirada a media altura, apenas observando a las bestias que debía esquivar a su paso para no ser embestido. De repente, sin previo aviso, su mente se pronunció: *songs of love and hate*. Sonrió aliviado. Anoche, mientras trataba de conciliar el sueño, se sorprendió, inconscientemente, cantando entre dientes, en inglés, la estrofa inicial de una canción: una fría mañana a finales de diciembre en *New York*. Recordó una funda blanca y negra. Identificó a *Leonard Cohen*. Pero fue incapaz de recordar el título del disco. Entonces se desveló, se levantó de la cama, se dirigió a la cocina y se sirvió un trago mientras recordaba la tarde en que Sandra le había hecho aquel regalo. Aquel disco repleto de amor y de odio.

De pie junto a la puerta del bar pudo ver a Sandra sentada, tomando un café. Un escalofrío premonitorio le recorrió la espina dorsal cuando, sobre la mesa, avistó otra taza humeante. Sandra había dicho por teléfono que tenía algo muy importante que contarle. Él no había dado importancia al comentario. Ahora se debatía entre rutilantes dudas que deslumbraban y atemorizaban al mismo tiempo. En el momento en que reconoció la parca que yacía en la silla vacía frente al café expectante, sintió brotar un sudor frío del pecho, bajo su camisa de algodón, al tiempo que le temblaban

ligeramente las rodillas. Sobre la mesa, además de las dos tazas, los papeles del divorcio de Sandra. Pedro no podía distinguirlos. Entonces, María llegó y se sentó junto a su parca y frente a su café. Tenía mal aspecto. Había estado llorando.

Los últimos avisos para las salidas inminentes de los vuelos nacionales emergían con urgencia a través de la omnipresente megafonía. Los paneles luminosos mostraban una carta apetitosa de horarios. Pedro suspiró alzando la vista hacia un cielo que no alcanzaba a ver. De nuevo las ganas de huir. Volvía a tener motivos.

XIII CERTAMEN LITERARIO

mujer
y Literatura

Modalidades
Relato Corto y Poesía

Sueños de Mujer

*Relato Corto
Mención especial*



AYUNTAMIENTO DE
VICAR (Almería)

21 ENE 2000

REGISTRO DE ENTRADA

Núm. 8 RELATO CORTO

Título: "Tres sueños"

Seudónimo: "Soñadora"

XIII Certamen literario "Mujer y Literatura"

Modalidad Relato corto.

TRES SUEÑOS

Sueños de María.

Cuando tenía 20 años y en una revisión rutinaria, le diagnosticaron cáncer de útero. No tuvo tiempo ni de hacerse a la idea. Operación de urgencia, quimioterapia, radioterapia y al año ya lo había superado.

Lo superó completamente y fue capaz de llevar una vida normal. Como cualquier chica de su edad. La enfermedad ya era un mal recuerdo, un mal sueño del que aprendió a ser fuerte y luchadora. Había encontrado apoyo en sus amigas, en su familia, y tras haberlo superado, había estudiado y había encontrado un trabajo estable. Vivía con su pareja y se consideraba una mujer razonablemente feliz.

Aunque, seamos sinceros, algunas cosas cambiaron totalmente.

El cambio más significativo fue la renuncia a ser madre. No tengo nido, solía pensar a veces con tristeza. Aquello sí que le daba un pellizco en el corazón... con nadie hablaba de ello, ni siquiera con su pareja, él sabía de su incapacidad física para ser madre, pero no de su desilusión por ello.

Había llegado ya a los 40 con aquel pellizco diario en el corazón. Un día decidió consultar a una amiga, Carmen, que trabajaba de psicóloga en un Centro de Menores Tutelados.

María quería saber qué posibilidades tenía ella de adoptar, ya fuera un niño español o de otro país. Y Carmen estaba al día de estos temas.

Su amiga fue sincera. En España las listas están cerradas, apenas hay niños que esperen a ser adoptados. En el Extranjero algunos países permiten que una persona soltera adopte, pero casi ninguno admitía a parejas no casadas, como era el caso de María y Arturo, su pareja. Siempre tienen preferencia los matrimonios. En otros países no se permite siquiera.

Aún casándose, seguía sin ser fácil, las parejas jóvenes tenían preferencia. Ellos podrían en todo caso, plantearse adoptar o acoger a un menor pero ni mucho menos podría tratarse de un bebé.

Y luego el tema económico. En casa no sobraba el dinero. Tendrían que pedir un préstamo pues los trámites de la adopción internacional eran caros...

No era fácil pues. Decidió seguir aceptar su realidad, y llenar ese hueco ejerciendo de ejemplar tía de sus cinco sobrinos. Le dijo con una amplia sonrisa a su amiga...

¿Lo has hablado con Arturo? Le dijo su amiga...

No. Jamás había hablado con nadie de su sueño de maternidad. Total, no tenía solución. Tampoco tenía claro si Arturo querría ser padre...

Nunca lo habían comentado.

Tal vez sea el momento. Apuntó Carmen. Si decidís algo, me avisas y te doy más información.

Sueños de Elena

La fiebre no le dejaba pensar con claridad. Con la claridad que sus 8 años le permitían. La maestra lo notó. Se acercó y le tocó la frente.

- Estás ardiendo. Baja y dile al director que llame para que vengan a por ti

La maestra pidió a otra niña que la acompañara. El director le preguntó si querían que llamasen a sus padres para poder recogerla.

- No tengo madre. Vivo en una casa de acogida.

- Ah si, tú eres Elena- dijo el director-

Soy Elena, la famosa Elena, pensó ésta, la niña sin padres...

En medio de la fiebre, el director le dijo que vendría un monitor a por ella.
Casi delirando, preguntó al director.

- ¿Que significa en paradero desconocido, Don Jaime?

Estupefacto el director miró a la compañera de Elena, tratando en vano de entender una pregunta que no acertaba a colocar en aquel contexto.

- ¿Por qué lo preguntas?

Elena, con fiebre apoyada en la mesa del director, volvió a insistir con idénticas palabras.

- ¿Que significa en paradero desconocido, Don Jaime?

- Que no se conoce donde está una persona, que está perdida...- se rindió el director-

- Mi madre está perdida, director, y mi padre "no consta", eso ponía en mi ficha. ¿No consta qué es? ¿que no tengo?

Don Jaime tragó saliva. Veinte años de docencia y estos casos seguían poniéndole los pelos de punta.

- Seguramente- dijo rendido a la evidencia.

- Pues no puede llamar a mi padre porque no tengo. Ni a mi madre porque no sabemos donde está.- dijo la niña con los ojos inundados de lágrimas.

El director dejó su sillón y tomó asiento al lado de la niña.

- Tranquila -dijo sin acertar a encontrar las palabras oportunas- pronto vendrá tu monitor. Seguro que ellos te aprecian mucho en tu casa, como aquí en el colegio. Eres una buena chica y saldrás adelante.

Don Jaime se sintió torpe. Pero qué decir a una niña de 8 años que no había conocido a su familia.

El monitor vino pronto. Se llevó a la niña de la mano. La notó no sólo enferma si no también triste.

- ¿Por qué adoptan a otros niños y a mi no? -dijo por toda respuesta
- La gente quiere adoptar niños pequeños, lo prefieren -dijo un franco monitor-
- ¿Y por qué a mi no me adoptaron de pequeña? -siguió preguntando.

El monitor tomó aire.

- Elena, a veces los trámites son lentos.
- ¿Por qué?
- No sé, Elena, vamos a casa que tienes mucha fiebre.

Acostó a la pequeña en su cama que no cesaba en su interrogatorio ante su paciente monitor... por qué otros sí y yo no, por qué mi madre me abandonó, por qué yo no puedo tener un papá y una mamá como todos...

Finalmente, la fiebre le hizo dormirse. El monitor le cogió la mano.

- La vida no es justa, Elenita -dijo en un susurro-

Cogió el Diario del Centro y volvió a anotar lo mismo que en días anteriores.

"Elena Pérez. Manifiesta síntomas depresivos. Come poco, duerme mal, no acepta el hecho de ser una menor tutelada, no acepta que no la hayan adoptado como a otros. Se relaciona cada vez menos con sus compañeros. Sigue siendo una niña con un comportamiento excelente, pero su rendimiento escolar está bajando. Hoy llamaron del Colegio, tenía fiebre, el Director del Colegio también está preocupado por su tristeza cada vez más manifiesta. Derivación a la psicóloga del centro"

Sueños de María.

María y Arturo cenaban en silencio en la mesa del salón, Arturo miraba

en la televisión la previsión meteorológica, María en silencio miraba su plato de comida.

- Arturo, ¿a ti te hubiera gustado ser padre?

Arturo dejó en la mesa el yogur que se estaba tomando. Pensó unos instantes la respuesta...

- Quiero decir -siguió María- que si yo no hubiera tenido el problema éste... de que no puedo tener niños... ¿tú hubieras querido?

Arturo tragó saliva. Cómo contestar sin dañar, cómo hablar de un tema que nunca habían hablado en los 15 años que llevaban juntos.

- Yo soy feliz contigo, María. Lo sabes.

- Ya, pero eso no contesta mi pregunta...

- Nunca me lo planteé -dijo él- puesto que siempre hemos tenido claro que no podríamos tenerlos. Pero alguna vez sí que me ha venido eso a la cabeza. Sí, me hubiera gustado, pero como no lo he tenido tampoco lo echo de menos. No es una frustración para mí.

- Para mí sí -dijo María casi pensando en voz alta.

- Pero somos felices así -recalcó Arturo.

- Sí -dijo María- ¿Pero qué te parecería a ti adoptar un niño?

Sueños de Carmen

De siempre tuvo claro su gran sueño: Ayudar a los demás, contribuir a que las personas pudieran ser un poquito más felices. Por eso estudió Psicología, hizo varios másters, y cursos en especial relacionados con la Infancia. Su trabajo con menores tutelados le apasionaba, le llenaba de satisfacción, los niños la querían y ella había tramitado adopciones y acogimientos que habían obtenido buenos resultados. Sin embargo, en tardes como aquellas, se encontraba preocupada, desalentada... había

tenido una entrevista de más de una hora con Elena, una de las mejores niñas que habían pasado por sus manos, dócil, cariñosa, sensible, inteligente... con la mala suerte de haber nacido en el seno de una familia completamente desestructurada.

Y nadie la quiso nunca...

Eso era lo que más dolía, tener esa niña delante de ojos grandes y rasgados, unos ojos que se iban llenando cada día más de tristeza. Estaba a un paso del diagnóstico más duro, el que más le costaba: Depresión infantil...

Toda la tarde pasó Carmen pensando en Elena, esa tarde y el fin de semana... Solía desconectar bien y no llevarse problemas a casa pero los grandes ojos grises de la pequeña Elena le provocaban un dolor en su alma, dolor desgarrado en su alma de mujer y de madre. La soledad de Elena, la falta del calor que añoraba, le partía el corazón.

A la vuelta del descanso del fin de semana, ante su mesa de trabajo, Carmen encendió el ordenador y escribió el siguiente correo electrónico:

Querida María:

Recuerdo la conversación que tuvimos hace unos días al respecto de tu sueño frustrado de ser madre. Como te decía es muy difícil en vuestro caso poder adoptar un menor. Pero también hay menores a los que les resulta muy difícil encontrar unos padres.... no tenemos familias en lista de espera que quieran acoger o adoptar niños mayores de 5 años.

En el centro donde trabajo hay una niña de 8 años, de grandes ojos negros, preciosa, despierta y cariñosa. Ha estado tutelada desde siempre, su situación actual es en Desamparo (es decir, que ningún familiar se hace cargo de ella, está abandonada y por eso vive en el centro).

Su madre, toxicómana, fue madre soltera, del padre no se sabe nada, la niña vivió con ella en duras condiciones hasta que a la edad de 2 años, los Servicios Sociales se hicieron cargo de ella. La madre actualmente está en paradero desconocido, sospechamos que ha muerto. Tras varios análisis médicos, se comprobó que Elena no tenía enfermedad ninguna, lo que se observó (y se sigue observando) es un cierto retardo en el desarrollo, especialmente en su lenguaje expresivo (muy frecuente en estos niños), si bien ha ido mejorando progresivamente con su escolarización. Tampoco se detecta disfunción intelectual ni de otra índole que pudiera llegar a condicionar su aprendizaje escolar ni su adaptación social.

Se contactó con otros familiares de Elena y su abuela materna estuvo a punto de hacerse cargo de la niña, pero enfermó al poco tiempo y se decidió que no era procedente. Esta señora murió cuando Elena tenía 4 años. Fue la única familiar que la llegó a visitar en nuestro centro. Tras contactar con otros familiares indirectos sin obtener respuesta, pasan unos años hasta que la menor se declara en desamparo. Posteriormente, se intenta el acogimiento familiar y aunque es asignada a una pareja joven y muy motivada, finalmente la mujer se queda embarazada y deciden parar el proceso que no llega a iniciarse.

Elena está escolarizada en un Colegio Público, en 3º de Primaria, correspondiente a su edad, va sacando los cursos con cierta dificultad pero tiene una buena capacidad de aprendizaje, aunque a veces ha necesitado de un profesor de apoyo en el área de Matemáticas.

Desde hace meses notamos a Elena especialmente triste, dice que quiere unos padres, que desea ser adoptada, se siente sola...

Es una niña que no ha dado problemas de ningún tipo en el centro ni tampoco en su colegio. Este estado de ánimo empieza a preocuparnos tanto aquí como en su centro educativo.

He pensado en vosotros, María, como posibles padres acogedores de Elena, y si os va bien durante un tiempo, iniciar los trámites de adopción.

Si no te parece bien, te ruego que disculpes mi atrevimiento y borres este correo ya que se trata de información confidencial que no debería haber desvelado hasta empezar los trámites, pero esta niña me parte el corazón y quiero encontrarle unos padres.

*Perdona de nuevo mi atrevimiento, un saludo para ti y para Arturo.
Con cariño,*

Carmen

Y el correo de Carmen tuvo respuesta.

Queridísima Carmen:

Nos has escrito el correo más importante de nuestras vidas.

Por supuesto, queremos empezar los trámites en seguida.

Con cariño,

Los padres de Elena.

XIII CERTAMEN LITERARIO

mujer
y Literatura

Modalidades
Relato Corto y Poesía

Sueños de Mujer

Poesía
Primer Premio

MUJER

I - MATERNIDAD

En silencio somos agradecidas a nosotras mismas
por estar dotadas de un olfato imprescindible,
y olisqueamos, buscamos, haciendo así que la manada,
nuestra manada, crezca, evolucione y permanezca.

Incansables, aunque a veces agotadas,
mas no por ello abandonadas a una causa perdida,
nos alimentamos de pequeños tragos de sabiduría
que derramamos en los calderos,
transportados a diario,
acomodados con todo el amor a la luz de la luna
para que emanen nuestros sueños
y el reflejo de nosotras mismas.

Guiamos tanta vida
mientras alentamos el fracaso
y mecemos los sueños perdidos,
cuidamos con tanto amor a ellos, a ellas
que nos buscan, que nos necesitan,
aunque niegen y reniegan
aventurando su propio camino.

Mientras, esperamos pacientes, aunque en alerta
sabiendo que han de volver a pasar frente a nosotras,
pisando la sombra que proyectamos,
y esperando que, una vez hayan recorrido la distancia necesaria,
podamos retirarnos a gozar,
a mirarnos reflejadas en un tranquilo mar, en un apacible lago
cuya agua y cuyo peso no lo acarreamos nosotras
pero que continuará proyectando
nuestro reflejo, nuestro sueño, nuestro amor, nuestra vida.

II - AMOR

Mis sentidos tienen sentido
porque saben de los tuyos
gozando, ambos, en plenitud,
de las dulces y recíprocas mieles
del amor hecho acto.

El rastro de mi amor por ti
es un desierto que nadie puede cruzar,
nadie puede darme alcance
mientras siga yo amándote:
es un desierto imposible,
la realidad del espejismo
en el que nadie quiere creer.

Dos caminos desdibujados
como se rompe un espejo.

El pasado es el umbral
de la puerta de la estancia presente,
y hay que cruzar,
y hay que cerrar,
para poder compartir
la ilusión del amor
dibujado en el horizonte.

Ese amor que abstrae y concentra
todo lo anhelado por el alma
y todo lo deseado por el cuerpo
en esta vida incapaz de retornar
ni un solo segundo,
es el amor sin rastro,
como fugitivo de lo ajeno,

es el amor con sentido,
como cautivo de lo entregado,
es el amor que vemos en el horizonte
cuando nos miramos a los ojos
tan dueños de nuestro silencio.

III - SOLEDAD

La ausencia es la vida de mi conciencia,
cuando no soy más que una necesidad
que continúa respirando y palpitando
por inercia vital impuesta,
cuando me transparente en emociones
que luchan por salir de mí, a vida abierta,
y se encuentran con el mundo, entonces, sí,
sólo entonces puedo verme,
desde afuera o desde dentro,
sólo entonces puedo serme,
sintiendo que tan sólo soy
una pena más en el espectro del dolor
engendrado en la humana confusión
que supone estar viva
con la única esperanza del amor.

Y es entonces cuando comprendo que
la ausencia es la vida de mi conciencia,
y el amor,
la única senda posible en su destino.

PSEUDONIMO: Minerva.

MODALIDAD: Poesía.

XIII CERTAMEN LITERARIO

mujer
y Literatura

Modalidades
Relato Corto y Poesía

Sueños de Mujer

Poesía
Segundo Premio

AYUNTAMIENTO DE
VICAR (Almería)
29 037 200
REGISTRO DE ENTRADA
Núm. 4
POESIA

SUEÑOS DE MUJER

Rosa deshojada

LIBRE ESCLAVA

Como pétalo herido
me desgajé del cáliz de una flor imposible
y el viento me arrastró.
Nubes hostiles fueron
compañeras de viaje.

El aleteo constante
de la tibia belleza
me atrajo como imán inexorable.
Y aquí estoy, libre esclava,
del último destello de luces y de aromas,
mendiga de ternura,
prisionera de trinos,
amante de las olas,
incesante cantora de la vida,
ingenua enamorada del amor.

UNA DÉBIL PAVESA EN EL AIRE

Estas tardes cargadas de hierba y de sol,
esta leve caricia del viento,
esta paz y esta luz
no podrán morir nunca en mi alma.
¡No lo permitiré!

Mi corazón acecha la dulzura de los tiernos racimos,
el tibio aroma de los vinos,
el fulgor amarillo de la acacia en flor.

Sé que soy nada:
una débil pavesa en el aire,
una rota camisa de sueños,
una pobre criatura que anda.

No me avergüenza el barro que ha manchado mis pies,
ni la lluvia inocente que mojó mis cabellos.
Mis manos, buscadoras de mariposas libres,
guardarán el prodigio de todo amanecer
y seguirán cogiendo
la cosecha de amor que cada día me traiga
y así, sencillamente, viviré.

LA NOCHE

Teníamos miedo de pisar la noche;
caminábamos trémulos y tímidos
por sus callejuelas de farolas fundidas,
por sus pasadizos huérfanos de felicidad.

Vacios y sedientos,
íbamos recogiendo
suspiros y canciones,
súplicas y renunciaciones,
besos de amor,
palabras encendidas
con que ahuyentar la oscuridad.

Atravesábamos sus caminos
apoyados en nuestra ingenuidad,
conducidos por nuestra torpe brújula de juventud,
siempre en la misma dirección:
en busca de un corazón gemelo,
un cuerpo en abandono,
una mano cálida,
una mirada en que reflejarnos.

Adornábamos la noche con nuestros sueños
y ella, con su manto de estrellas,
aliviaba el frío de nuestra soledad.

ESTÍO

Vuelvo a tender mi alma
sobre la suave brisa del estío.
La furtiva belleza del atardecer
pasa cerca de mí
y yo la busco
y la recojo
en el temblor lejano de los álamos,
en los rastrojos ocres y dorados,
en los ríos de luz que se deslizan
sobre la paz inmensa de los campos.

Y trasciende el silencio
sobre la vieja escarcha florecida
al amparo del sol
como ingrátido soplo de esperanza,
como alado testamento de amor.

ROSA DESHOJADA

El dolor de la rosa deshojada
rompe la dulce mansedumbre de la tarde.

Vence en mí la nostalgia
y llega hasta la oscura
e ignota cavidad
de la desesperanza.

Y, sin embargo, siguen
los pétalos caídos
exhalando su aroma.